



## ACTO SEGUNDO

En el «restaurant» del hotel de la señora. Martín, en lo alto del Sallève.

La propietaria vigila el servicio, entrando y saliendo a menudo por la primera puerta de la izquierda, tras la cual se ve una estantería llena de botellas. La sala es amplia, y por la puerta del fondo, precedida de escalinata y marquesina, se divisa una vasta perspectiva de los Alpes nevados.

(En primer término hay una mesa grande con periódicos, guías y un álbum, y en medio una estufa, junto a la cual la DIRECTORA y el SEÑOR VIEL hablan, al empezar el acto, esperando á que se reúnan, para regresar, todos los alumnos y alumnas que han tomado parte en la excursión. La SEÑORITA JUANA cuida de MAGDALENA y de LUISA, que dormitan, apoyadas en la mesa. Un PASTOR protestante toma silenciosamente un bock de cerveza en una de las mesitas del fondo.)

- DIRECTO. (A la señorita Juana.) Ya le decía yo que esas pequeñas no debieron venir.
- JUANA Como en ninguna de las excursiones se nos ha hecho tan tarde como hoy...
- DIRECTO. Luego se van a enfriar.
- VIEL Tendrán la culpa los muchachos; y eso que sólo he traído a los más formales.
- DIRECTO. O las muchachas, vaya usted a saber.
- JUANA Aquí vienen ya.  
(Entran por el fondo, CLARA, AMELIA y FERNANDO.)
- CLARA Somos las primeras; ya lo decía yo.
- DIRECTO. ¿Y los otros?
- FERNANDO Nos dividimos en dos grupos por...
- CLARA Usted sabe cómo es Laura. Luego Emma

- se pone como un tigre en cuanto se le dice algo a Laura.
- DIRECTO. Bien. Hojead periódicos mientras vienen.  
(Al señor Viel.) La historia de siempre.
- FERNANDO Pido un poco de libertad para fumar un cigarro; fuera se hiela hasta la lumbre.
- CLARA Queda proclamada la libertad. (Las niñas se desesperan con sobresalto, pero, arrulladas por la señorita Juana, vuelven a quedarse dormidas.)
- JUANA Vosotras no tenéis nada que ver con la libertad. Dormid.
- DIRECTO. Ha sido un disparate el traerlas.
- JUANA Todas las noches cuesta un triunfo dormirlas, y hoy...
- FERNANDO Los niños son así.
- VIEL (Atendiendo a la puerta del fondo.) Parece que ya vienen. (A los que están más cerca de la puerta.) ¿Quiénes son?
- AMELIA Gente que llega al cuartel general: Emma, Sofía, Andrés...  
(SOFÍA, EMMA y ANDRÉS, entran.)
- DIRECTO. ¿No vienen todas?
- SOFÍA Somos sólo nosotras, señora... ¡Hace un frío!
- ANDRÉS Los demás deben venir detrás.
- DIRECTO. Con tal de que no se retarden mucho... La noche se echa encima.
- SOFÍA Ha sido una puesta de sol magnífica. ¿La han visto ustedes?
- CLARA (A Fernando.) Usted que se ha pasado dando vivas toda la tarde, ¿no propone otro viva al sol?
- FERNANDO Veo que se burla usted.
- CLARA No, no.
- FERNANDO Es que hay días que se levanta uno alegre sin saber por qué. Hoy, por ejemplo, yo hubiera querido dar un viva a todas las cosas. Soy, meridional, señorita... ¿Es que no se puede ser meridional?
- DIRECTO. No le haga usted caso, Fernando.
- VIEL En mis tiempos sólo se podía ser aquello



que las señoritas permitían ; éramos más galantes.

DIRECTO. Oh, por Dios ; Fernando, lo mismo que todos sus discípulos, es la galantería misma... (A los que acaban de llegar.) ¿Cuándo se separaron ustedes de los que faltan?

FERNANDO (Aparte a Andrés.) ¡Me tiene ya cargado la yankee !

MATILDE Hace mucho rato ; al salir.

SOFÍA Iban demasiado de prisa. Pero quería enseñarles no sé qué sitio.

DIRECTO. Ese Pedro siempre ha de hacer de las suyas. Ya estoy intranquila.

VIEL Aun tenemos tiempo ; queda lo menos media hora para el último funicular.

ANDRÉS De aquí a la estación nos ponemos en un momento.

MATILDE Hay sus buenos diez minutos, no crea.

AMELIA (A Sofía y Matilde.) Ya veréis cómo llegamos tarde ; y después de la merienda ridícula que nos han dado...

SOFÍA Hija, deberías casarte con un maitre d'hotel.

(El Pastor cruza lentamente la escena, entra por la primera puerta de la izquierda donde se supone que paga, y con su Biblia y su paraguas bien apretados bajo el brazo, vuelve a pasar y se marcha por la puerta del fondo. Clara se ha puesto a hojear el album.)

CLARA ¡Cuántas necedades tienen que soportar estos pobres albums !

FERNANDO A ver.

ANDRÉS ¿Ha leído usted lo que escribió hace un rato la señorita Laura ?

CLARA Sí.

AMELIA Aquí hay algo escrito en español.

SOFÍA Si estuviera aquí Margarita...

CLARA O Laura, que es la traductora.

FERNANDO Yo puedo traducir si no es difícil ; déme usted.

VIEL (A la Directora.) ¿Es que Laura sabe el español ?

DIRECTO. Casi. ¡ Se ha puesto a estudiarlo con un

ahinco ! Es prodigioso lo que progresa cuando quiere.

MATILDE (A Fernando.) ¿Qué, ¿puede traducir?

FERNANDO Veamos... «Salève, 2 de marzo de 1912. Si toda esta nieve fuera horchata de chufas y se pudiera llevar a Madrid en verano, ¡qué negocio ! Rafael Pérez.»

AMELIA No entiendo.

SOFÍA Debe de ser algo gracioso.

VIEL Sin duda pierde con la traducción...

CLARA Lean ustedes lo de Laura, verán.

ANDRÉS (Después de leer.) Al menos es sincera : le gusta corretear, ver la nieve desde la ventana de un cuarto tibió y perfumado oyendo chisporrotear la leña.

FERNANDO La señorita Laura es exuberante como yo. (A Clara.) Y usted, ¿no escribe?

CLARA Sí ; pondré unos renglones en el pedazo de papel que dejó en blanco Laura. (Se sienta a escribir.)

MATILDE Y ustedes escribirán, ¿eh?

ANDRÉS Después que ustedes ; las señoras siempre van delante.

SOFÍA ¿Qué pícaros, para tener tiempo de pensar, ellos.

FERNANDO Para inspirarnos, acaso.

VIEL Ya debieran estarlo.

ANDRÉS (A Clara que ha concluido de escribir.) Léanoslo usted.

CLARA (Leyendo.) «Debemos aspirar a que nuestra alma pueda compararse a la nieve, pura e inmaculada.»

SOFÍA (Irónica.) Precioso.

FERNANDO (Aparte a Andrés.) Lo que es su cuerpo sí que puede compararse a la nieve.

ANDRÉS No será por lo blanco, ¿eh?

FERNANDO Claro.

AMELIA ¿Qué cuchichean ahí?

FERNANDO Decíamos que después de escribir ustedes yo no puedo poner en el album mi frase de costumbre : el señor Viel me llamaría poco galante, y esta vez con razón.



- MATILDE ¿Tan fuerte es?  
ANDRÉS No, verá usted: Fernando escribe entre dos grandes admiraciones y seguida de puntos suspensivos, nada más que una frase: «¡Y todo este papel estaba en blanco!...»
- CLARA ¡Qué ingenioso!  
FERNANDO Gracias.  
DIRECTO. ¿Qué hora es?  
VIEL Aun tenemos tiempo, señora.  
(La SEÑORITA JUANA que desde hace un rato ha ido a mirar por la puerta del fondo, llega corriendo.)
- JUANA Ya vienen, ya vienen...  
DIRECTO. ¡Al fin!  
VIEL Ya decía yo, señora.  
(Todos se levantan; EMMA, MARGARITA y LEONARDO entran por el fondo.)
- DIRECTO. ¿Y los demás?  
EMMA ¿Cómo los demás?  
MARGA. ¿Es que no están aquí?  
DIRECTO. Laura, tu marido, el jardinero.  
LEONARDO ¿Pero es que no han venido?  
VIEL No bromear. ¿Dónde están?  
LEONARDO Si no bromeamos...  
EMMA Nos dejaron atrás porque querían ver con el señor Pedro no sé qué ventisquero.  
DIRECTO. (A Margarita.) No debiste...  
MARGA. Iban a un paso que era imposible seguirlos.  
LEONARDO Como que creíamos hallarlos ya de vuelta.  
DIRECTO. No debiste separarte de ellos, Margarita.  
ANDRÉS Vendrán en seguida, señora. No hay peligro.  
SRA. MAR. (Desde el mostrador.) Seguramente desde el mirador alto se les verá. Voy a darles un grito con la bocina.  
MATILDE Vaya, sí.  
(Sale la SEÑORA MARTÍN.)  
VIEL No se intranquilece usted.  
DIRECTO. Es tarde y ya debían estar de vuelta. Es la última que me hace Pedro, ese viejo loco.

- CLARA El no tiene la culpa, señora; si los que van con él...  
SOFÍA No les va a haber pasado nada malo.  
VIEL Cállese. Sin duda las reverberaciones de la nieve les han hecho creer que el día tardaba más en concluir.  
LEONARDO A nosotros también se nos hizo de noche de pronto.  
VIEL Habrán ido algo más lejos que lo preciso, nada más. Aun nos quedan diez minutos largos.  
FERNANDO Sobra tiempo.  
MARGA. Eduardo es incapaz de haber cometido una imprudencia.  
EMMA Y Laura...  
CLARA ¡Lo que es esa!...  
DIRECTO. No me pongas más nerviosa, tú.  
ANDRÉS Le aseguro que no hay el menor peligro.  
VIEL ¡Qué ha de haber!  
DIRECTO. Sí, sí, pero... ¡Estoy con el alma en un hilo! Usted comprende mi responsabilidad. Con sólo suponer...  
JUANA No será nada, una falsa alarma, ya verá.  
AMELIA Lo que es a cenar no llegamos.  
MATILDE Estábamos todos tan alegres y tan buenos y ahora...  
FERNANDO Debemos seguirlo estando. Cuando lleguen nos vamos todos a reír de esta impaciencia.  
CLARA Por lo menos la excursión nos la han enturbiado con este retraso.  
DIRECTO. Con esta zozobra...  
(Entra la SEÑORA MARTÍN.)  
VIEL ¿Qué?  
EMMA ¿Se les ve?  
SRA. MAR. No se ve nada; he mirado con el antejo y nada... La noche viene oscura.  
VIEL Sin duda no ha mirado usted bien.  
SRA. MAR. Sí, sí... Y allá arriba he tenido un miedo, una cosa...  
DIRECTO. ¿Pero vió usted algo?  
CLARA Diga lo que sea.



- SRA. MAR. No... Es que recordé lo que le pasó a la señorita Voisin, la que tenía un pensionado aquí cerca antes de que usted y la señorita Richard vinieran a Ginebra; usted la conoció, señor Viel.
- VIEL Sí, la pobre... Cállese.
- DIRECTO. No, dígame, dígame.
- SRA. MAR. Fué una alumna, que se le...
- CLARA ¿Que se le escapó?
- SRA. MAR. Peor... Una alumna que se le suicidó. Tuvo la culpa un hombre, como siempre; el hijo de un relojero.
- VIEL Cállese, señora Martín. ¿No ve usted? A sus años debiera ser más oportuna. (Las fisonomías han ido ensombreciéndose poco a poco y el vago soplo del terror que circula entre todos contrasta con la alegría de antes. De súbito la Directora se siente mal, lanza un grito y tiene un principio de congoja. Todos la atienden.)
- FERNANDO Eter.
- VIEL Traiga usted coñac.
- SRA. MAR. Voy.
- CLARA Fróntele las sienas.
- SOFÍA Así.
- ANDRÉS Dele a oler ahora.
- MARGA. ¡Pobre señora! ¡Qué disgusto!
- MATILDE Ya vuelve en sí.
- VIEL Hay que ir a buscarlos.
- LEONARDO Vamos nosotros.
- CLARA Todos.
- VIEL En un solo grupo. Den la vuelta al hotel sin alejarse, llamándoles en todas direcciones.
- ANDRÉS Sí, vamos, vamos. (Van saliendo por el fondo.)
- JUANA ¡Y esos angelitos sin despertar!
- VIEL Llévelos ahí dentro; que no vean.
- JUANA Sí, señor... Ayúdeme, señora Martín. (La señora Martín y Juana cogen a las niñas y salen.)
- DIRECTO. (Entre sollozos.) ¡Esa muchacha... esa pobre niña!

- EMMA Siento una angustia aquí; parece que me avisa el corazón.
- VIEL Vayan con ellos.
- MARGA. Yo solo tuve miedo un instante, me contagiaron. Pero tengo la certeza de que a Eduardo no le ha pasado nada... No podría yo estar tan tranquila.
- VIEL Tiene razón. Esto es una montaña de azúcar y no hay peligro... Vaya usted también. Sola se sosegará más pronto. (A la Directora.) Vamos, sea usted razonable... calma. (Margarita sale. Solo quedan en escena la Directora y el señor Viel, que trata de confortarla. En seguida se oyen los gritos de los que han salido a buscar a los que faltan; Margarita llama a Eduardo, Emma a Laura; algunas voces llaman al señor Pedro, y los gritos se van alejando lentamente hasta extinguirse.)
- VIEL Estoy seguro de que no les ocurre nada; verá usted.
- DIRECTO. Esas voces me dan escalofríos... Me parece algo fúnebre... No olvidaré en mi vida la tarde de hoy.
- VIEL Mientras vuelven, que volverán, ¿puedo tomarme la libertad de darle un consejo de amigo, de colega?
- DIRECTO. Dios le oiga... Ya lo creo. ¡Si no pudiera usted aconsejarme!... Usted no me conoce de hoy...
- VIEL Por eso... Hace poco oí una conversación entre algunas de sus alumnas y mis muchachos. Yo no escucho detrás de las puertas, pero sí detrás de los árboles, cuando se presenta ocasión.
- DIRECTO. Me tiene usted en ascuas.
- VIEL No es nada grave. Criticaban a la italiana diciendo que... no sé si atreverme; a veces los jóvenes dicen cosas que nosotros mismos...
- DIRECTO. Concluya.
- VIEL Decían que Laura coqueteaba con el ma-



- rido de esa señora. La yankée era la más vehemente.
- DIRECTO. Eso es una indignidad; esa Clara va a tener que oirme. Le aseguro a usted...
- VIEL Yo no digo nada; repito lo que oí, porque creo útil que usted lo sepa.
- DIRECTO. Laura es aturdida, pero es incapaz de una incorrección.
- VIEL Confíeseme que hace poco tuvo usted también un mal pensamiento.
- DIRECTO. ¿Yo?
- VIEL Sí; se lo conocí en los ojos; cuando Clara dijo no sé qué de fuga.
- DIRECTO. (Confusa.) Sí, es verdad... Pero pasó en seguida. ¡Figúrese si la conoceré! Las conozco a todas como si fueran mis hijas; casi lo son.
- VIEL Ni a los hijos se les conoce hasta ese punto, amiga mía. Usted es soltera y no lo sabe; yo tuve dos hijos y... Hay que ser prudentes, muy prudentes.
- DIRECTO. Yo lo soy.
- VIEL Toda prudencia es poca.
- DIRECTO. Veo que me reprocha usted. Es un día de prueba para mí.
- VIEL No es reproche.
- DIRECTO. ¿Piensa que hago mal en recibir en la pensión visitas de recién casados?
- VIEL Si usted me lo permitiese, sí.
- DIRECTO. Todas lo hacen; es una costumbre en la que ciframos algo de orgullo; las visitas de las alumnas después de casadas, ha llegado a ser como una prueba del cariño que supimos inculcarles. Todas las directoras las admitimos y nunca ocurrió nada.
- VIEL Se están haciendo años y años las cosas mal, sin que pase nada, y un día...
- DIRECTO. Aquí estuvo Ivona Poncet hace dos años, sin ir más lejos.
- VIEL Entonces la cabecita loca de su colmena tenía dos años menos, y en esa edad dos

- años cuentan mucho, hay que hacerse cargo. Además, el marido de esa señora, si no recuerdo mal, era un tipo rechoncho, con lentes.
- DIRECTO. Sí.
- VIEL Yo tengo mis razones para encontrar mal esas visitas. Los recién casados, son—¿cómo les diré yo?—son el Amor y la Ilusión que llegan de visita y se van despertando deseos y levantando nostalgias. Es ridículo, pero... Ciertas cosas hay que decirlas en lenguaje florido para que no resulten inconvenientes.
- DIRECTO. Tiene usted razón. Nunca había pensado en ese peligro, y, sin embargo... Todas las cabecitas de mi colegio se han puesto a soñar; todas han cambiado un poco. Hay días en que me parece que las mayores han dormido mal, o en que unas están alegres, como un poco excitadas, y otras muy serias, pensativas.
- VIEL ¿Ve usted?
- DIRECTO. ¡Bendito señor! Ha conseguido usted, con esta nueva inquietud, hacerme olvidar un momento mi angustia. ¿Cree usted que puede haberles pasado algo?
- VIEL No lo creo. Aquí está la señorita Juana. (Entran por la izquierda la SEÑORITA JUANA y la SEÑORA MARTÍN.)
- JUANA Vienen todos, señora. He oído la voz de Pedro.
- SRA. MAR. Vienen muy despacito.
- DIRECTO. (Al señor Viel, que la contiene.) Déjeme ir.
- JUANA Creo que Fernando ha echado a correr hacia acá.
- VIEL Calma, calma. (Llega FERNANDO, jadeante.)
- JUANA Aquí está.
- DIRECTO. ¿Pasa algo? No nos lo oculte usted.
- VIEL ¿Verdad que no?
- FERNANDO No es nada. Ha sido un pequeño accidente, de veras... Se lo juro.

33525



JUANA Pero...

FERNANDO La señorita Laura se ha torcido un pie. Sólo eso.

DIRECTO. ¿No nos engaña?

SRA. MAR. ¡La pobre!

FERNANDO Una luxación; una dislocación de nada.

SRA. MAR. Ya la traen.

VIEL (A la Directora.) No se mueva usted, tenga serenidad.

DIRECTO. ¡ Señor, señor !...

FERNANDO (A la señora Martín.) Haga el favor de traer un sillón; la silla larga de mimbres.

SRA. MAR. En seguida. (La señora Martín sale por la izquierda. Poco a poco, según las indicaciones del diálogo, van llegando por el fondo CLARA, SOFÍA, MATILDE, MARGARITA, AMELIA y LEONARDO. Detrás, casi en brazos de EDUARDO y de ANDRÉS, viene LAURA; el SEÑOR PEDRO y EMMA vienen junto a ellos. Cuando entran, ya la señora Martín ha traído la silla de mimbres.)

CLARA No ha sido nada.

MATILDE Fué que perdió pie.

SOFÍA Dos veces se ha desmayado la pobre.

DIRECTO. Quiero verla, déjenme.

VIEL A ver: aquí el sillón.

SRA. MAR. Ya está.

LEONARDO Dicen que ni siquiera se quejó cuando entre Eduardo y el señor Pedro le pusieron el hueso en su sitio.

JUANA Ahora bien se queja. (Entra el grupo.)

ANDRÉS Paso.

VIEL Sentadla aquí.

EMMA Laura, soy yo... ¿Te duele mucho?

EDUARDO Tranquílcese, señora; es muy doloroso, pero no es grave.

DIRECTO. (Acudiendo a besar a Laura, a quien han acomodado en el sillón.) ¡Hija mfa!... ¿ves, hija? Dime cómo ha sido.

MARGA. Déjela descansar un poco.

AMELIA Denle algo para que se reanime.

DIRECTO. (Al señor Pedro.) Venga usted acá, no se

me esconda. Ya le dije que lo hacía responsable.

PEDRO Si la señora me permite...

LAURA ¡Ay!... ¡Ay!...

SOFÍA ¡Cómo se queja!

EDUARDO El jardinero no tiene la culpa; en tal caso yo...

PEDRO Los señoritos llegaron conmigo a la cumbre porque la señorita Laura quería que le enseñase un lugar donde hace muchos años ocurrió un... otro accidente. Donde estábamos no hay peligro ninguno, sólo a este lado (Señalando a la derecha.) un talud de ocho o diez metros con nieve en el fondo... Yo lo señalé, lo advertí, pero ella iba delante con el señorito Eduardo, y...

CLARA ¡Ah!

PEDRO ¡Ah!

Y de pronto la ví desaparecer... Yo sabía que no había peligro, pero sentí miedo; una de las pocas veces que he tenido miedo en mi vida, señora... Corrimos, y aquí el señorito, como es más joven, llegó antes.

EDUARDO Desde el borde usted me ayudó con su bastón.

PEDRO Poco fué. Cuando yo llegué, ya usted la había cogido igual que si fuera una muñeca. Estaba desmayada... Luego, entre los dos, le arreglamos el pie y la trajimos en brazos, despacito, más de una legua.

EMMA ¡Mi pobre Laura!

DIRECTO. ¿Ve usted? Yo le tenía advertido.

CLARA (Aparte a Amelia.) Fué ella quien se tiró para que él la sacara.

AMELIA ¡Oh, Clara!

MARGA. (A Eduardo.) Tú no te lastimaste, ¿verdad?

EDUARDO El caso no habría sido sino de risa si Laura no se hubiera dislocado el pie.

JUANA Tiene toda la pierna hinchada, señora.



- VIEL Ha sido una imprudencia.  
DIRECTO. Lo que es ésta es la última, señor Pedro.
- PEDRO Disponga usted, señora Directora. Si ha de despedirme, más vale que me lo diga aquí y así me ahorraré de bajar a la ciudad... Prefiero quedarme a morir entre la nieve a salir de aquel jardín donde juegan las niñas, sabiendo que salgo por última vez.
- MARGA. Discúlpelo usted.  
SOFÍA Sí...  
PEDRO Echarme del colegio es matarme, señora.
- DIRECTO. ¡Bien sabe usted defender su causa! Más le valiera...
- LAURA (Desde su sillón, débilmente.) Señora.  
AMELIA La llama. (La Directora acude y habla bajo con Laura y con Emma, que no se ha separado un instante del sillón. Los demás siguen en primer término.)
- VIEL Hay que pensar en el regreso.  
FERNANDO Lo que es el funicular...  
SRA. MAR. Yo mandé al camarero para que hicieran el favor de esperar cinco minutos; como es el último y no baja ya nadie...
- DIRECTO. (Volviendo al señor Pedro.) Le debe usted el perdón a ella. ¡Si tuviera cabeza como tiene corazón!...
- VIEL Vamos a ver cómo arreglamos el viaje.  
DIRECTO. ¿Tú podrás ir despacito, nena?  
LAURA Sí, tal vez. (Intenta levantarse, ayudada por Emma, pero el dolor la hace dar un grito y cae de nuevo en el sillón.)
- EMMA ¡Mi pobre Laura!  
VIEL Imposible, señora; sería exponerla.  
DIRECTO. ¿Qué hacer entonces?  
VIEL Si usted me lo permite, yo dispondré todo... Usted y las niñas, toman ahora con nosotros el funicular. Si usted falta a la pensión, se abultaría la cosa, se harían comentarios que siempre perjudican a los colegios... Yo arreglaré el modo de

- que pongan un vagón a disposición nuestra, y después, cuando ya haya usted albergado a su rebaño, volvemos con una camilla para trasladarla, sin riesgo, de aquí a la estación... Demos la menos publicidad posible al asunto. Cuento con la discreción de todos. (Todos asienten. Sofía y Matilde salen por la izquierda.)
- DIRECTO. Pero, ¿cómo se queda aquí esta niña, señor Viel?
- SRA. MAR. Yo la atenderé en cuanto haga falta.  
VIEL Y usted, señorita Juana, si la directora no ordena otra cosa, se quedará aquí también.
- MATILDE Yo le acostaré a las pequeñas.  
MARGA. Nosotros también nos quedamos.  
VIEL No hace falta; gracias.  
MARGA. Sí, nos quedamos. ¡No faltaba más! Nadie nos espera... ¿verdad, Eduardo?
- EDUARDO Tú dispones. Si somos útiles, con verdadero gusto.
- DIRECTO. (Dubitativa, al señor Viel.) ¿Qué le parece a usted?
- VIEL Pueden quedarse.  
EMMA ¡Y yo, señora, yo!...
- VIEL No, señorita Emma; nadie más. Perdóneme, pero no es conveniente. (A los muchachos.) Vamos, en marcha.
- DIRECTO. ¿Y Sofía y Matilde?  
AMELIA Han ido a buscar a las pequeñas.  
ANDRÉS Nosotros las llevaremos en brazos de aquí a la estación.
- FERNANDO Verán qué buenas niñeras hacemos.  
EMMA (Desde la cabecera de Laura.) ¡Pschs!  
JUANA ¿Qué pasa?  
EMMA Se ha quedado dormida; silencio.  
EDUARDO (A Margarita.) Voy con ellos hasta el funicular; vuelvo en seguida.
- DIRECTO. A usted se la dejo, señorita Juana.  
JUANA Descuide.  
EMMA Dígale que no me dormiré hasta que la lleven.



DIRECTO. No la besamos para no despertarla.  
VIEL. Ese reposo le hará bien.  
(Andrés y Fernando, que han entrado, traen en brazos a las dos pequeñas, y todos van saliendo por el fondo. La señora Martín, la señorita Juana y Margarita quedan con Laura.)  
JUANA. ¡Qué tarde de angustias!  
MARGA. La pobre señora, ¡cómo ha sufrido!...  
JUANA. Hay que ir preparando unas mantas para que vaya bien abrigada en la camilla.  
SRA. MAR. Arriba tengo todo lo necesario. ¿Quiere usted ayudarme, señorita Juana?  
JUANA. Con mucho gusto.  
MARGA. Vayan tranquilas; yo me quedo con ella.  
SRA. MAR. Si ocurriera algo no tiene más que darnos una voz.  
MARGA. Sí. (La señorita Juana y la señora Martín salen. Margarita se acerca al sillón de Laura y se queda contemplándola un momento. Laura despierta.)  
MARGA. ¿Te he despertado?  
LAURA. No, sentí una sombra encima de los párpados, y eras tú.  
MARGA. ¿Te duele aún?  
LAURA. Sí... ¿Te asustaste pensando que hubiera sido él?  
MARGA. Estaba tranquila; tenía el presentimiento.  
LAURA. Le quieres mucho, ¿verdad?  
MARGA. Mucho.  
LAURA. ¿Mucho, mucho?  
MARGA. Figúrate. Es mi deber.  
LAURA. Yo no podría querer a nadie por deber, sino porque sí.  
MARGA. Porque lo quería es mi marido; la cosa es bien sencilla.  
LAURA. Sencilla como una fórmula, tienes razón.  
MARGA. ¡Mira que eres!  
LAURA. Te has casado con Eduardo como te podías haber casado con otro; pero sin que una pasión te lanzara hacia él, precisamente hacia él. Una cosa es querer y otra es amar... (Quejándose.) ¡Ay... ay!...

MARGA. ¿Te duele?  
LAURA. Sí; pero no importa.  
MARGA. ¿Quieres que llame, que?...  
LAURA. Quiero que sigamos hablando.  
MARGA. Temo fatigarte.  
LAURA. ¿De modo que lo quieres?...  
MARGA. Con toda mi alma, mujer.  
LAURA. El alma es como la fuerza: hay quien no levanta con las dos manos lo que otro levanta con un dedo. Decir «toda el alma» es poco; hay que saber si es un alma fuerte, volcánica, o un alma burguesa.  
MARGA. Yo debo ser de las burguesas, y él está contento, ya ves.  
LAURA. Y tan burguesa... No hablas de amor, sino de deber. Ya te veo con un manajo de llaves a la cintura, midiendo el vino en la bodega y con seis hijos a la vuelta de seis años.  
MARGA. Y no te equivocas... es decir, sí; seis chiquillos son muchos. Pon tres, y de dos en dos años, para que hagan bien la escalera.  
LAURA. (Incorporándose con ansiedad.) ¿Y... ya?  
MARGA. ¡Qué preguntas tienes!  
LAURA. Dímelo... ¿Sí o no?  
MARGA. ¡Que tú ruborices a una mujer casada!... Todavía no.  
LAURA. ¡Ah!... (Pequeña pausa.)  
MARGA. ¡Quién nos iba a decir esta tarde!... Y es que la vida nos va dando sorpresas.  
LAURA. Tú sabías desde hace mucho tiempo que ibas a ser feliz.  
MARGA. ¿Te acuerdas cuando hablábamos de mi boda en la pensión?  
LAURA. Fuisteis novios desde niños... ¡Dichosa tú que has tenido una familia que iba preparándote la felicidad mientras jugabas a las muñecas!... Tu padre y el de Eduardo han hecho juntos sus negocios.  
MARGA. Tienen aún su casa de banca.



- LAURA (Irónica.) Y ahora la han puesto un piso más y ascensor, con vuestro matrimonio. ¡Es un encanto de poesía y de sentido práctico!
- MARGA. ¿Por qué te burlas?
- LAURA (Huraña.) Me duele mucho la pierna y tengo sueño, déjame.
- MARGA. ¿No quieres oírme?
- LAURA Déjame dormir; haz el favor. (Laura ha cerrado los ojos. Margarita la contempla un instante. Se oye una voz que llega por la puerta de la izquierda: es la señorita Juana que pregunta desde arriba y Margarita se acerca a responderle.)
- MARGA. Sí... Acaba de volverse a dormir... Bueno... Podéis concluir con calma; estando yo... (Va de nuevo hacia el sillón de Laura. EDUARDO aparece en el dintel de la puerta del fondo.) ¿Cómo vienes tan pronto?
- EDUARDO Me encontré al camarero que volvía, y por no hacer solo el camino... ¿Cómo sigue?
- MARGA. Figúrate. Acaba de dormirse. Está nerviosa. Ella que ya necesita de poco...
- EDUARDO El caso es para estarlo. Yo me rompí una vez este brazo jugando al «foot ball», y te aseguro que no fui tan sufrido.
- MARGA. La mujeres sabemos aguantar más los dolores.
- EDUARDO Estoy cansado. ¿Me dejas fumar?
- MARGA. Puede molestar el humo a Laura.
- EDUARDO ¡Qué ha de molestarle! Es decir... me figuro que no. Hoy solo he fumado seis cigarrillos; me parece que no abuso. ¿Me dejas?
- MARGA. Fuma, hijo... pero siéntate allá. Hoy no hemos podido hablar casi. ¡Tengo unas ganas de que estemos de vuelta!
- EDUARDO ¿Ahora sales con eso? Poco que nos marreaste para conseguir que el viaje de novios fuera aquí.
- MARGA. Pues tengo que hacerte una confesión:

- Estoy tan aburrida de Ginebra como tú. Yo no sé si es que una cambia, porque las cosas no pueden cambiar en tan poco tiempo, pero el caso es que he encontrado todo más... no sé qué menos agradable de lo que pensaba.
- EDUARDO Siempre pasa lo mismo: No se debía volver a los sitios de dónde guardamos un buen recuerdo.
- MARGA. ¡Hoy la Directora me trató como si yo fuera todavía una chiquilla, y delante de todas! ¡Ya ves qué culpa tenía yo de que vosotros hubiérais ido tan lejos. Además... Yo no soy celosa, tú lo sabes, pero... ¿Sonríes?
- EDUARDO Sonríe del *pero*.
- MARGA. Sí, chico. Aquí todo son advertencias, como si el matrimonio fuera una feria de arrebatá capás, y en cuanto una volviera la cabeza se fuera a quedar sin marido. Se creen que soy tonta y no lo soy; lo que pasa...
- EDUARDO ¿Es que te han dicho algo en concreto?
- MARGA. No; indirectas, puyas... Clara y Sofia. ¡Como ellas no saben lo seguro que estamos el uno del otro!...
- EDUARDO Claro, nenita.
- MARGA. Y eso que hoy... Casi estoy descontenta de ti.
- EDUARDO ¿De mí?...
- MARGA. Sí, señor; otros días aprovechas cualquier ocasión, cualquier descuido, para besarme. Anteayer a poco nos pillá la señorita Juana. ¿Te acuerdas?
- EDUARDO Yo creo que nos pilló y que se hizo la tonta.
- MARGA. Tal vez... ¿Sigues fumando?
- EDUARDO (Tirando el cigarrillo.) Ya está.
- MARGA. No es eso solo. Veo que no comprendes las indirectas... De sobra que compren-



- des, pero te haces el sueco para que te regale los oídos.
- EDUARDO No, de veras.
- MARGA. ¡Eso de que a los dos meses de casada se tenga que mendigar un beso así!
- EDUARDO (Levantándose.) Nenita, mira que soy torpe. ¡Con lo bonita que estás hoy!...
- MARGA. ¡Ven acá, despegado! (Le abre los brazos. En el momento que Eduardo la va a besar, Laura se rebulle muy intranquila en el sillón. ¡Cuidado! Espera.)
- EDUARDO. ¡Qué oportunidad!
- MARGA. ¿Habrá visto?
- EDUARDO. Debe de tener frío, ¡la pobre!
- EDUARDO. La estufa está medio apagada.
- MARGA. Arriba están la señorita Juana y la del hotel. No sé qué hacen que no bajan. Fueron a preparar unas mantas para cuando venga la camilla. Voy por una.
- EDUARDO. Anda, sí. (Sale Margarita por la izquierda. Durante las dos últimas frases Eduardo estaba de espaldas a Laura; al quedar solo se vuelve hacia ella y la encuentra con los ojos abiertos.) Perdone usted; la hemos despertado.
- LAURA. No.
- EDUARDO. Hablamos demasiado fuerte; costumbre española.
- LAURA. No estaba dormida.
- EDUARDO. ¡Tenía usted bien cerrados los ojos! Nos ha expuesto a una indiscreción.
- LAURA. Los cerré porque no tenía ganas de hablar. Luego, cuando llegó usted, quise ser curiosa y bien castigada fui.
- EDUARDO. Vuelva a cerrarlos con confianza.
- LAURA. Si los he abierto es que ya la charla no me aburre.
- EDUARDO. Gracias.
- LAURA. Para dárselas precisamente me alegro de estar sola. No quería que entre mi salvador y yo hubiera figurones que hicieran la escena ridícula.

- EDUARDO. ¡Oh, su salvador!... Me parece que exagera usted mucho.
- LAURA. Déjeme que le llame salvador. Hay nombres dulces... (Saboreando las palabras.) ¡Mi salvador!... Ya ve usted: cuando caí con la cara hundida en la nieve, sin ver nada, al sentir las dos manos que me cogían... no pensé ni un segundo siquiera que pudiera ser el señor Pedro.
- EDUARDO. ¡Oh!...
- LAURA. Y en medio del dolor, la impresión de sentirme salvada por usted, me era agradable... y casi me olvidaba del sufrimiento. Debí ser más fuerte y no desmayarme.
- EDUARDO. (Turbado.) Ahora no le duele mucho; dígame... La Directora vendrá con el doctor muy pronto, y entonces...
- LAURA. Me duele, sí; ¡qué importa! Toda mi vida bendiciré este dolor. ¡Toda la vida! ¡La vida insulsa, que dura y durará, mientras los momentos que valen la pena se escapan sin que podamos evitarlo!
- EDUARDO. Laura, se excita... tal vez delira usted. Cállese; trate de dormir: Es usted muy niña y muy buena; sea también obediente.
- LAURA. Niña y buena... ¡Dichosas las que se oyen llamar otras cosas!
- EDUARDO. ¿Qué quiere decir?
- LAURA. Bonita, por ejemplo... Hace poco se lo llamaba usted a quien tiene derecho, a quien cumple el deber de quererlo, bien lo sé... ¡Yo que nunca había sentido envidia de las que eran bonitas, y ahora!...
- EDUARDO. Usted sabe bien que lo es.
- LAURA. Ahórrese la cortesía, Eduardo... ¿Me permite usted dos confidencias?
- EDUARDO. Cállese, Laura.
- LAURA. (Sin oírlo.) Anteayer escribía yo en mi diario estas palabras: «¡Ser bonita; más bonita que todas las mujeres; poder dar



en una sola hora lo que ninguna mujer en toda la vida ha dado a ningún hombre!»

EDUARDO Me da al mismo tiempo pena y me...

LAURA (Anhelante.) ¡Eduardo!

EDUARDO No, me da solo mucha pena oírlo. Cállese ya, Laura.

LAURA Le he dicho a usted una sola confidencia; falta otra aún.

EDUARDO Laura, cabecita...

LAURA (Cortándole la frase.) Cabecita loca, dígalo usted... No es mi cabeza, es mi corazón quien lo está.

EDUARDO Vamos, dígame usted la otra confidencia, pero no se exalte; ya ve que la escucho.

LAURA La otra confidencia es menos exaltada, como dice usted, pero es más honda: Hice que iba a despertar antes, cuando estaban aquí los dos, porque no quería que delante de mí...

EDUARDO ¿Llora usted? Me da usted un gran disgusto, Laura.

LAURA Es la pierna... suponga usted que es el dolor de la pierna lo que me hace llorar.

EDUARDO ¡Laura!... Silencio. Me parece que bajan... Cállese.

LAURA (En voz queda.) Un favor; uno solo... No diga a nadie que hemos hablado.

EDUARDO ¿A qué ese misterio? ¿A qué?...

LAURA Si algo me quiere, si algo me estima, no lo diga usted.

EDUARDO ¡Laura! Yo no puedo; eso no debe ser.

LAURA Que esta conversación sea algo íntimo y triste, que quede entre nosotros.

EDUARDO (Apremiante.) Ya baja.

LAURA Es lo único que le pido, Eduardo.

EDUARDO ¡Silencio! (Laura deja caer la cabeza en el respaldo y cierra los ojos. MARGARITA aparece en la puerta de la izquierda y pregunta.)

MARGA. ¿Se ha despertado?

EDUARDO (Sin mirarla, con voz muy tenue.) No. (Laura sonríe al oír la respuesta. Margarita avanza de puntillas y se acerca de nuevo para besar a Eduardo; pero Laura, que se incorpora violentamente, lo estorba otra vez. El telón ha comenzado a caer desde la última frase.)

## FIN DEL ACTO SEGUNDO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1926 MONTERREY, MEXICO